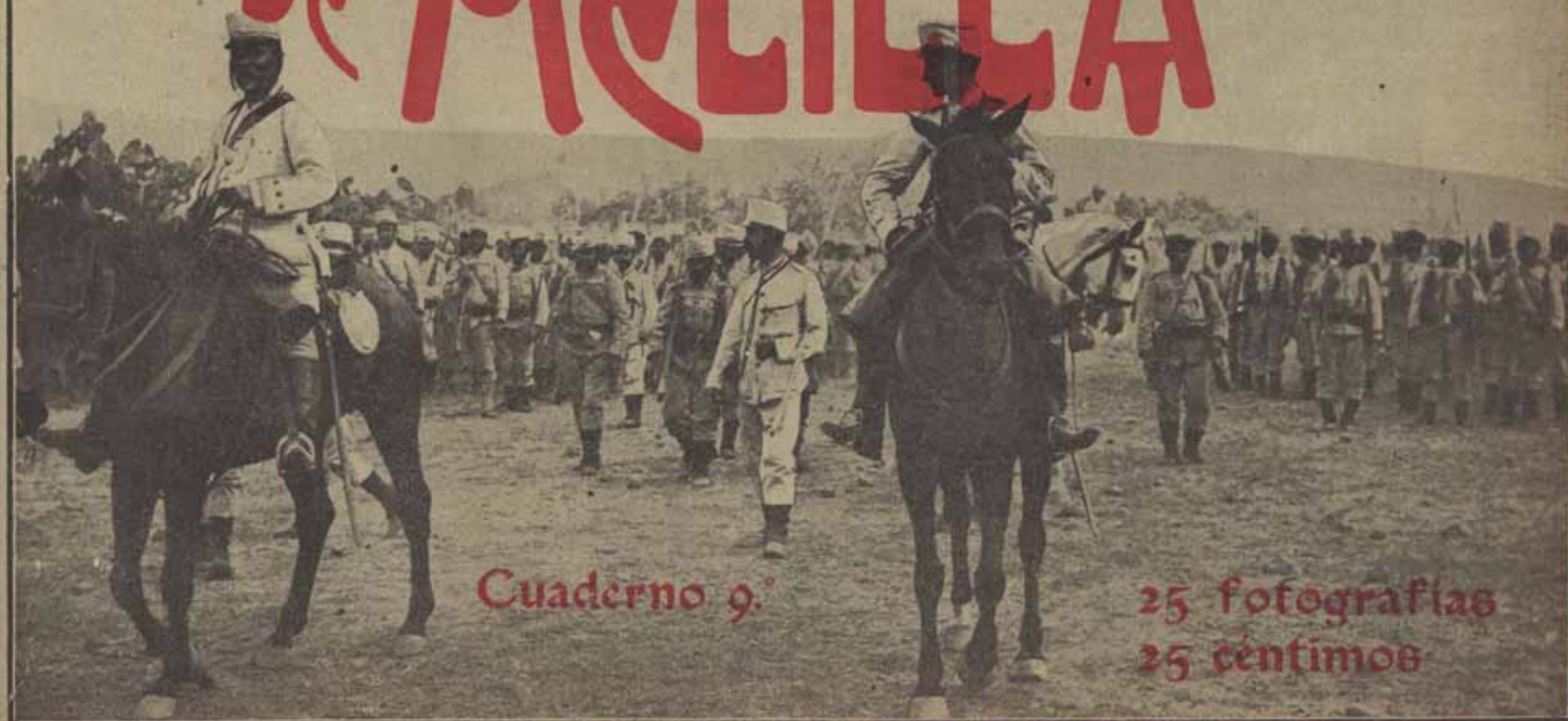


EL ALBUM DE LA GUERRA DE MELILLA



Cuaderno 9.º

25 fotografías
25 céntimos

El Album de la Guerra de Melilla.

Sumario de las fotografías publicadas en el cuaderno octavo.

Banquete ofrecido por la Redacción del «Telegrama del Rif» á los representantes de la Prensa y al que asistieron los oficiales militares encargados de la censura.

La cantinera del batallón de Cazadores de Alfonso XII en busca de provisiones por las calles de Melilla.

Arrastre de una pieza de artillería para emplazarla en una de nuestras posiciones del Gurugú.

Mujeres hebreas sacando agua de un pozo, en amigable charla con una pareja de vigilancia.

Trabajos de construcción de «blockaus» en los campamentos de Hindum, recientemente conquistados.

Garita de centinela en el «blockau» construido recientemente en las posiciones más avanzadas de Benisicar.

El periodista Pedro Luis de Gálvez, que, en compañía del fotógrafo Enrique, emprendió una excursión por el campo moro, hablando con los centinelas de la jarka.

Peripezia ocurrida en el camino á los «re-

porters» que emprendieron una valiente excursión por el campo enemigo.

Columna regresando de las posiciones de Zeluán, á donde fué á relevarla otro núcleo de fuerzas.

Familia mora recogiendo materiales con que reparar los desperfectos de su casa después de un bombardeo.

Vista parcial de nuestras posiciones del zoco El-Had, y en donde se advierten diferentes escenas de la vida de campaña.

Terrenos pertenecientes á la jarka rifeña, que se divisan desde los puestos avanzados de Benisicar.

Generales con su Estado Mayor realizando una visita de inspección al destacamento que ocupa el Cabo de Tres Forcas.

Nuestras tropas construyendo un barracón en el campamento del zoco El-Had.

Aduar moro que existe en el monte Gurugú, actualmente convertido en fortín por nuestro ejército de operaciones.

Puerta principal de la famosa Alcazaba,

monumento histórico de los rifeños de Frájana.

Had-el-Hassan, enviado especial de la jarka de Benisicar, conferenciando con el general Ayala y varios oficiales.

El moro Had-el Hassan y su comitiva camino de la plaza, escoltado por una sección de Caballería.

Centinela en la trinchera de uno de nuestros puestos avanzados en Benisicar.

Guerrilla avanzando en reconocimiento por los alrededores del campamento de zoco El-Had.

Centinela custodiando los proyectiles de un fuerte, humedecidos por la lluvia y puestos á secar al sol.

Vendedor ambulante de carne y grupo de moros de un aduar marroquí cercano á Melilla.

Los representantes de las kabilas cercanas á la plaza escoltados por fuerzas del ejército á su llegada á la plaza española.

Una de las salas del hospital de sangre de Melilla.

El Album de la Guerra de Melilla.

Castigo de las traiciones moras.--Los rifeños piden la paz, deponiendo sus armas.--Los indígenas de Mazuza.--Curioso incidente--Éxito de la columna Larrea.--Misa de campaña.--Música árabe y cantos españoles.

(VÉANSE LOS NÚMEROS ANTERIORES.)

Algunas veces contenían sus pasos y los de la vanguardia miraban atrás, para que se adelantara el más zaguero. Este caminaba fatigoso, renqueando, sin fuerzas. Uno de nuestros compatriotas habíale disparado y estaba herido en una pata.

No creáis que huyen de nuestra presencia. Una caricia, un halago doman su hosquedad y os atraen sus simpatías. Yo creo que los canes descubren á los moros la situación de nuestras fuerzas. No comentéis con sonrisa burlona mis palabras. He visto varias mañanas á estos fidelísimos compañeros de los moros venir del Gurugú y emprender luego el camino de vuelta. No me parecen sus viajes inútiles. Yo asigno á todos los hechos, á todas las cosas, por insignificantes que aparezcan á nuestra vista, un fin. La realidad ofrece un aspecto ideológico, que escapa á la atención del «filisteo»; pero que suele ser

punto visual primario de la retina de los buenos observadores.

Veo ir y venir á los canes moros. He advertido que se detienen ante nuestros jefes, ante nuestros oficiales, ante nuestros soldados. Son el único medio de comunicación entre España y sus enemigos.

Podrían ejercer fácilmente el oficio de emisarios... Llegan á nosotros sin ningún papel en el pescuezo, donde la barbarie musulmana se proponga hablar con la cultura española, y retornan á sus tierras sin mensaje escrito alguno que lleve nuestros pensamientos donde fué imposible que llegasen las balas de nuestros fusiles...

Y yo os digo que estos perros moros no acuden al acaso á nuestras posiciones. Van y vienen para desempeñar altísima misión, para ofrecer sus pescuezos, posibles portadores de un mensaje de paz, á los ejércitos que luchan.

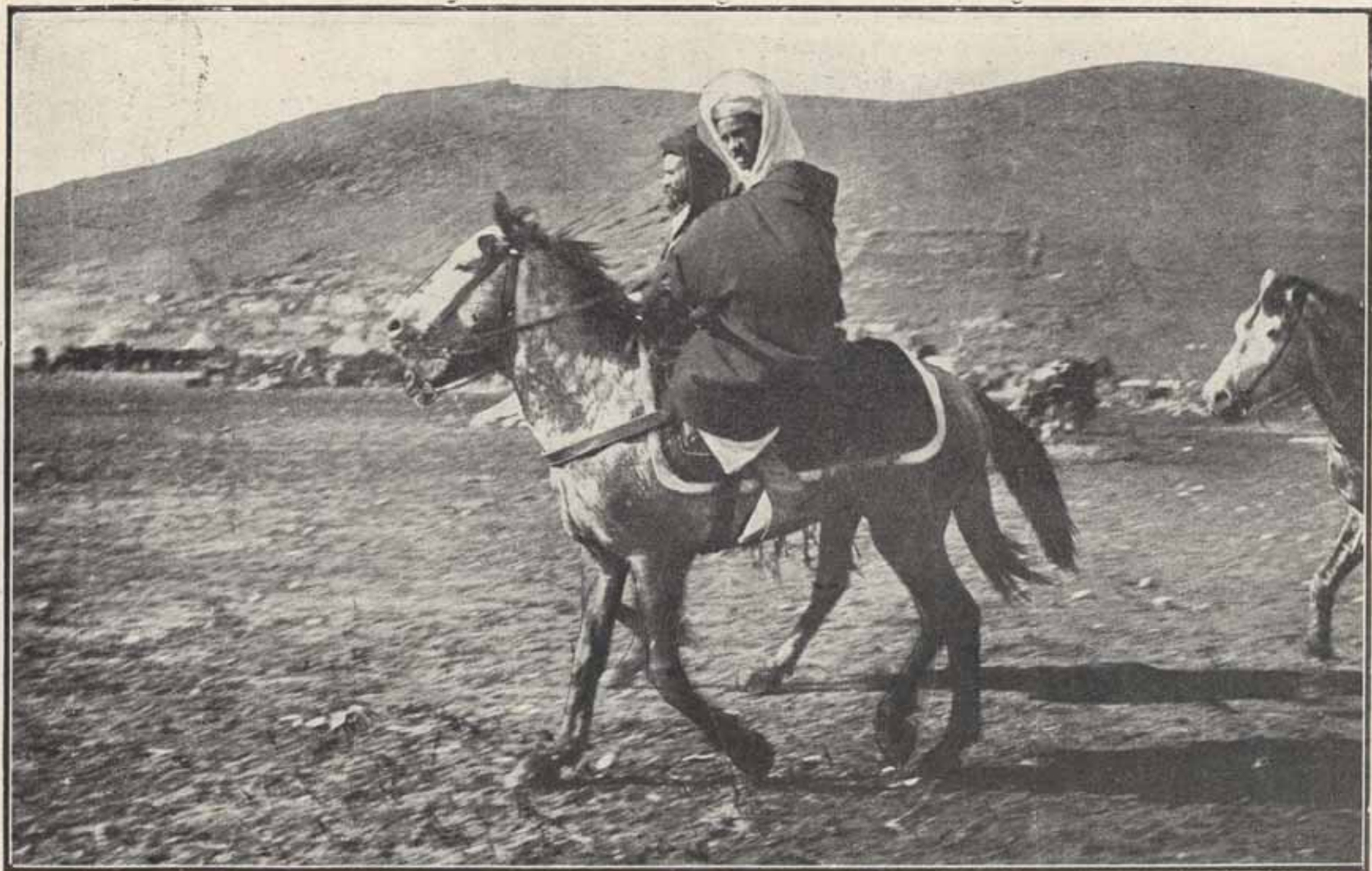
El castigo duro que la brigada Aguilera

impuso á los moros de Quebdana, derrotando, primero, á los guerreros, y asolándoles, después, campos y aduares, ha influido de tal modo sobre el ánimo de los kabileños, que á pesar de su temple indómito y del odio que sienten por los cristianos, no se atrevieron ya á resistir ante nuestros soldados, y, ó se ponían en fuga ó se sometían, pidiendo perdón y dando cuantas garantías se solicitaron.

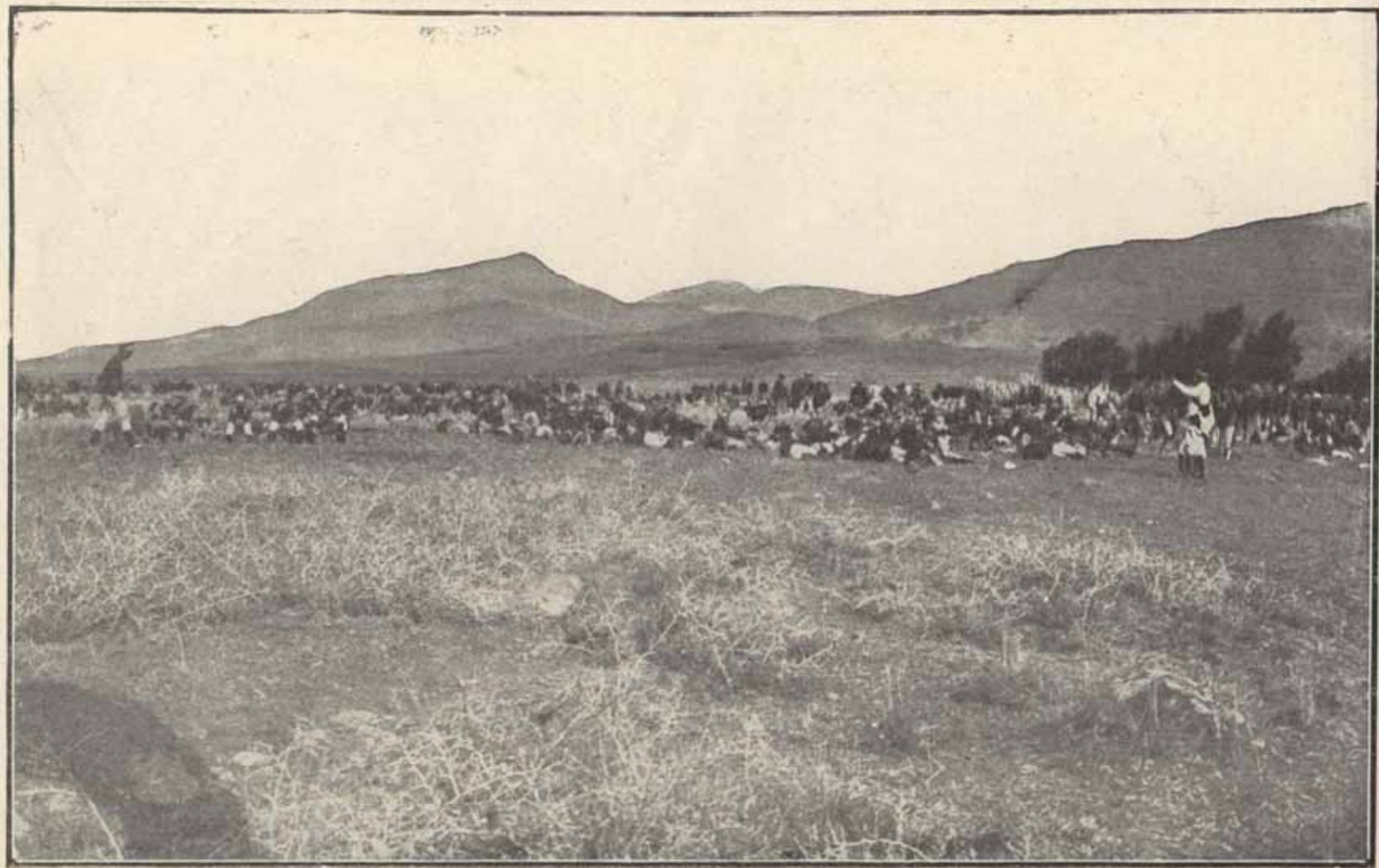
Las tropas españolas, después de sus victorias, avanzaron y penetraron por el Rif sin encontrar enemigos, sin disparar un tiro, recibiendo homenaje y sumisión de los que antes proclamábanse como invencibles y feroces tribus rifeñas.

Los moros que ofrecieron amistad y sumisión al ejército y luego dirigieron hacia él sus balas, se quedaron sin casas, ni granos, ni campos.

Después de avanzar la columna unos cinco kilómetros cambió de rumbo, dirigiéndose á Muley-Ali-Xerif, cuyos indígenas tam-



JEFES MOROS DE LAS KABILAS DE BENIBUIFRUR ÚLTIMAMENTE PRESENTADOS EN EL CAMPO ESPAÑOL



FUERZAS DE INFANTERÍA ESPAÑOLA VIVAQUEANDO EN LAS INMEDIACIONES DE BARRACA



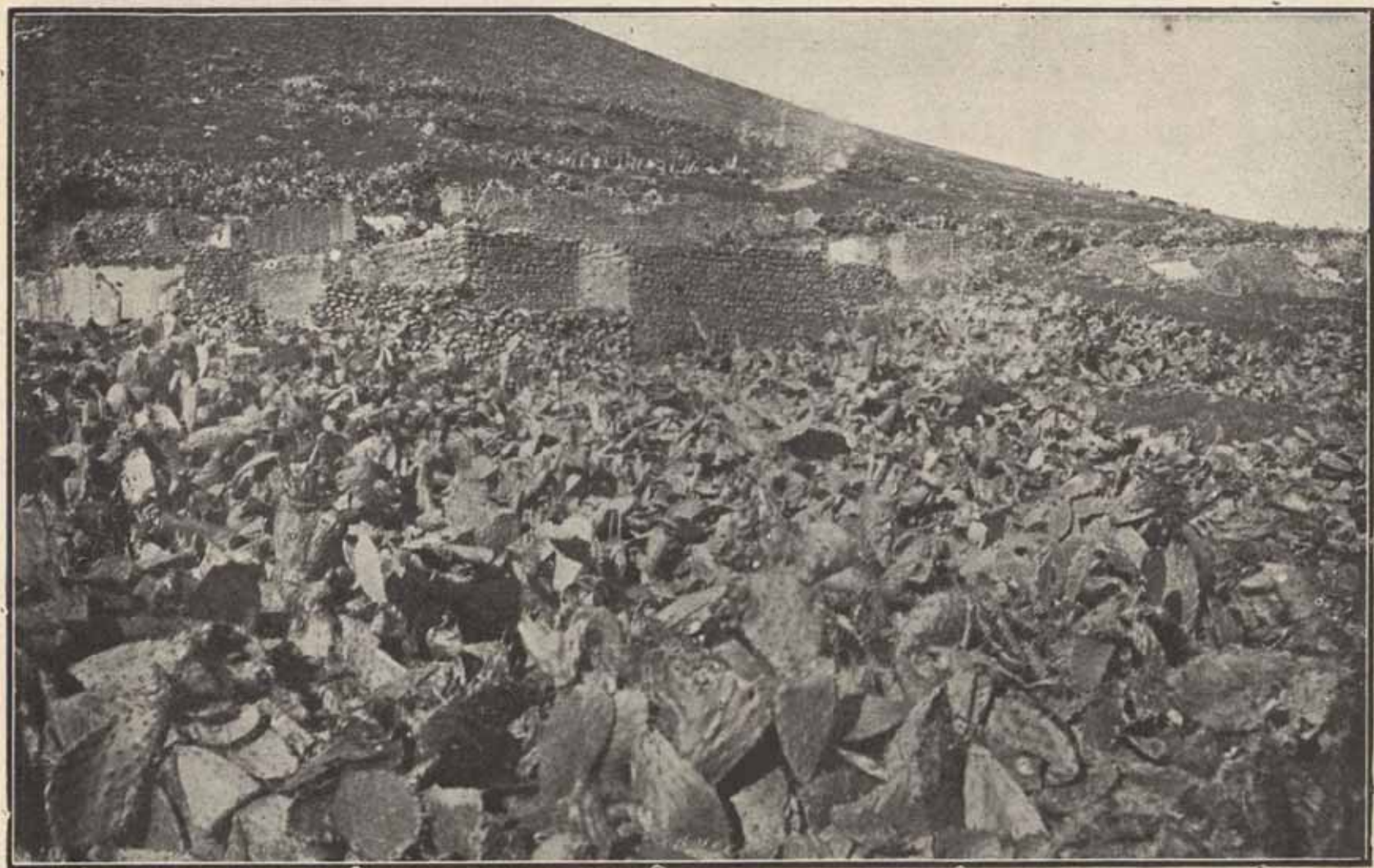
NUESTRAS TROPAS HACIENDO PROVISIÓN DE AGUA EN UNO DE LOS ALJIBES QUE ENCONTRARON CAMINO DE HINDUM



ASPECTO DE UN RINCÓN DE MELILLA EN LOS POCOS DÍAS QUE SE PERMITE Á LOS MOROS ENTRAR EN LA PLAZA
Á EXPENDER SUS MERCADERÍAS



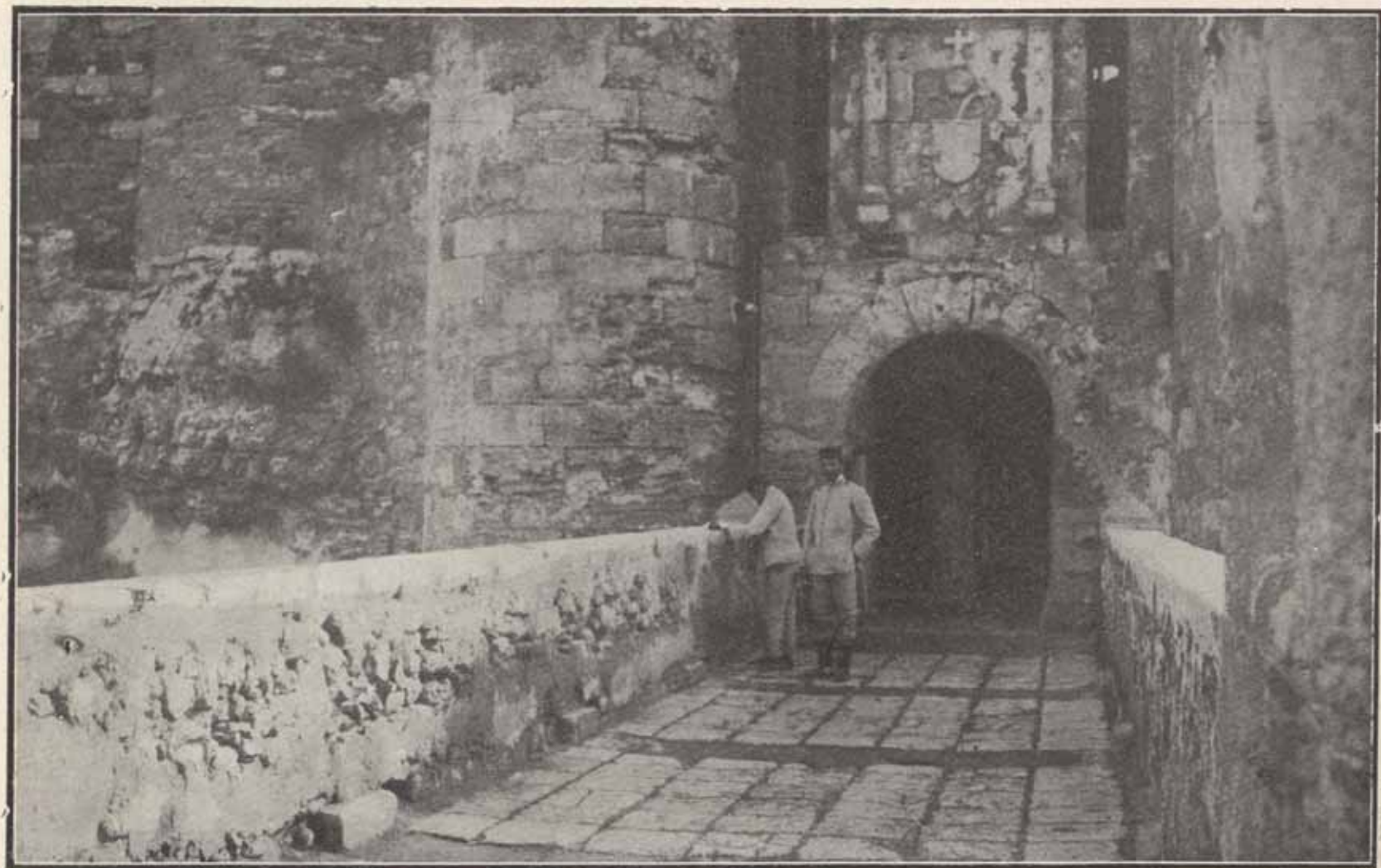
PENOSA CONDUCCIÓN DE UN CARRO DE SANIDAD MILITAR POR LOS ABRUPTOS TERRENOS DEL RIF



RESTOS DE LAS ANTIGUAS MURALLAS DE LA PLAZA DE MELILLA



GENERALES TOVAR Y BRUALLA, CON LOS AYUDANTES, EN SU TIENDA DE CAMPAÑA AL PIE DE TAXUDA



PUERTA DE CUARTEL DE SANTIAGO EN LA PLAZA DE MELILLA



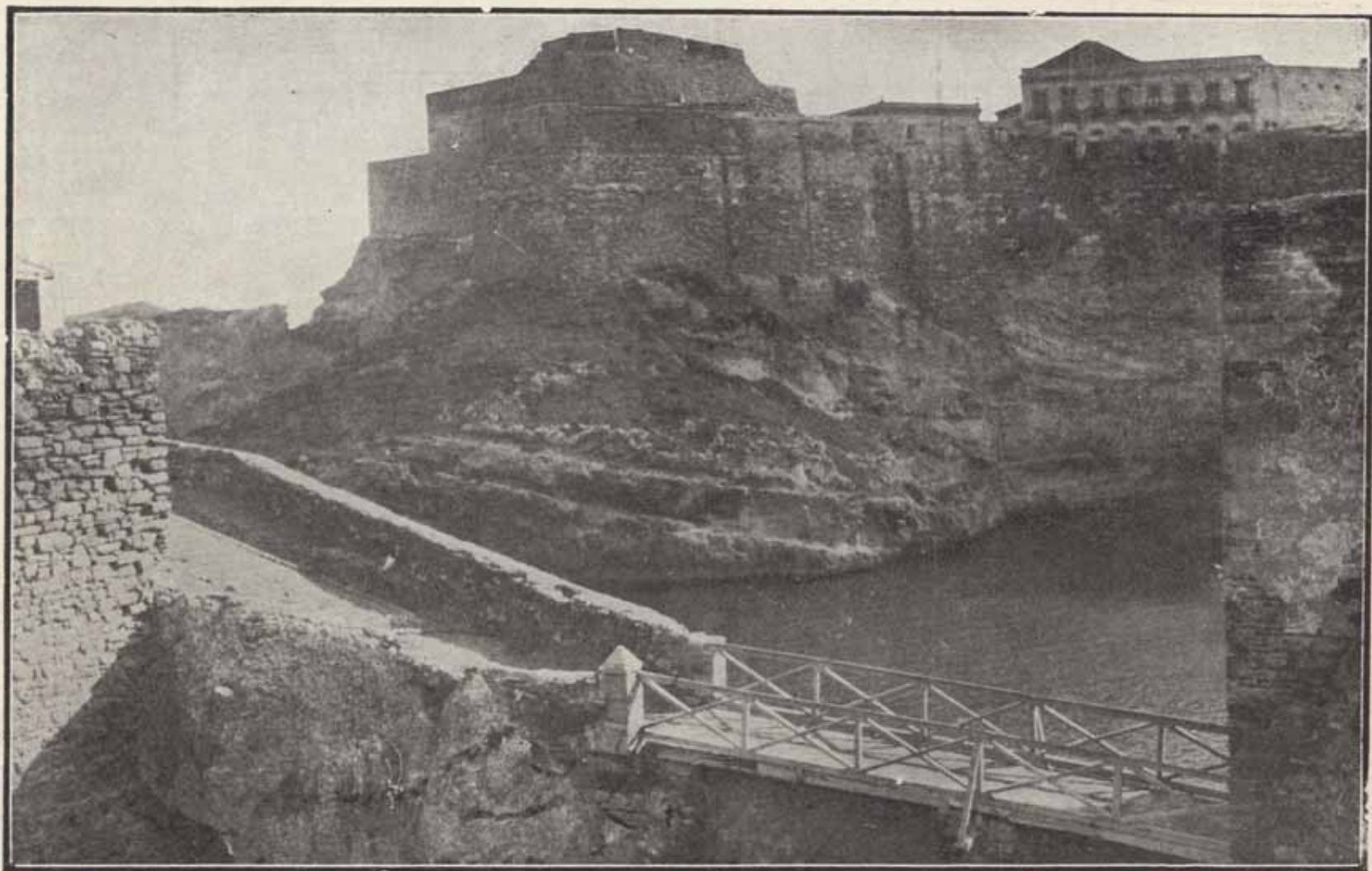
LOS SOLDADOS EN EL CAMPAMENTO.—UN CUENTO DEL CABO LÓPEZ



VISTA DE MELILLA TOMADA DESDE UNA DE LAS ALTURAS PRÓXIMAS



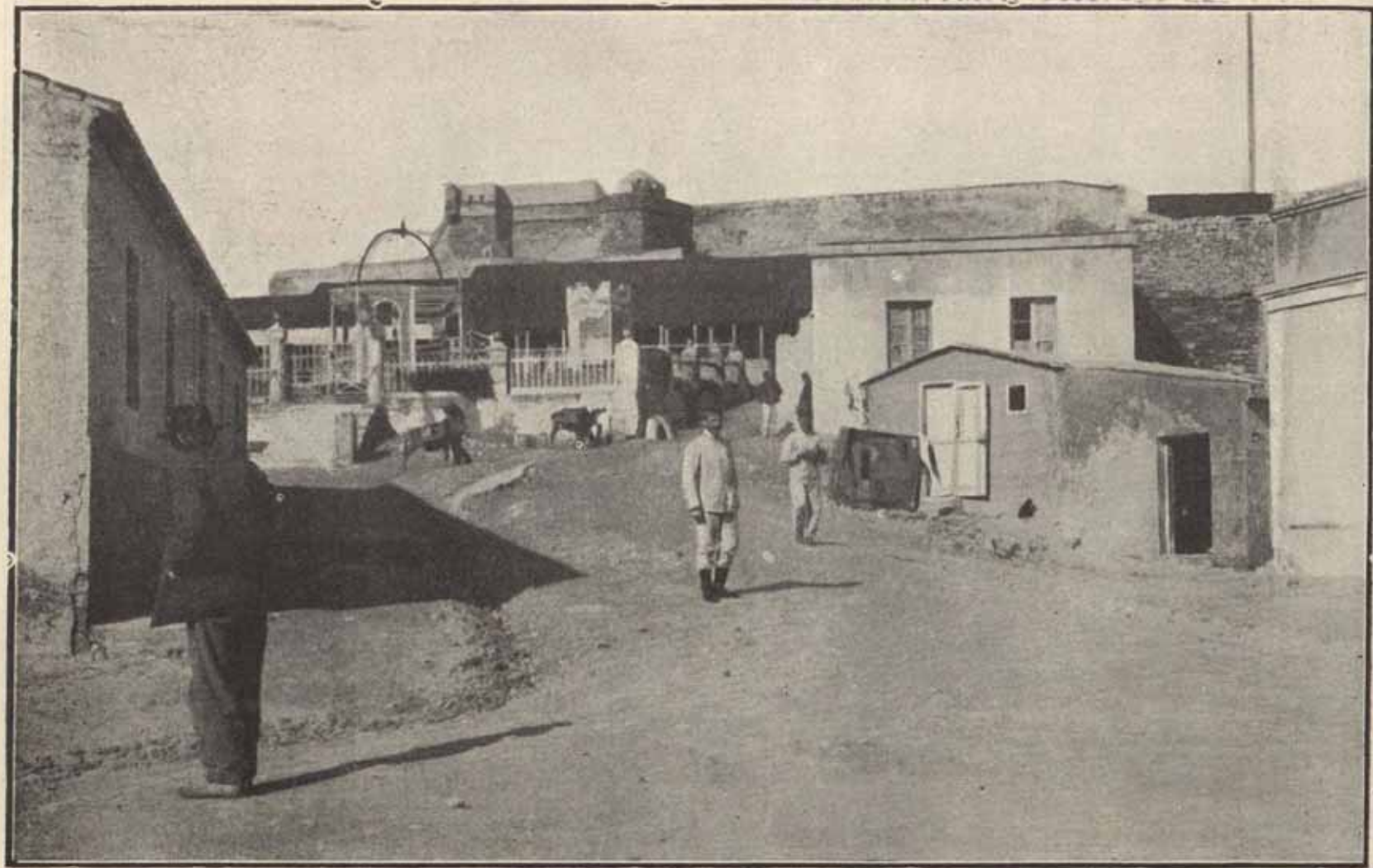
MOROS REBELDES ESPERANDO SER RECIBIDOS POR EL GENERAL MARINA PARA HACER ACTOS DE SUMISIÓN



EN LOS ALREDEDORES DE LA PLAZA.—PUERTA QUE CONDUCE AL PRESIDIO ANTIGUO. HOY CUARTEL



JEFES DE KABILAS DIRIGIÉNDOSE Á LOS CAMPAMENTOS ESPAÑOLES PARA HACER PROTESTAS DE AMISTAD



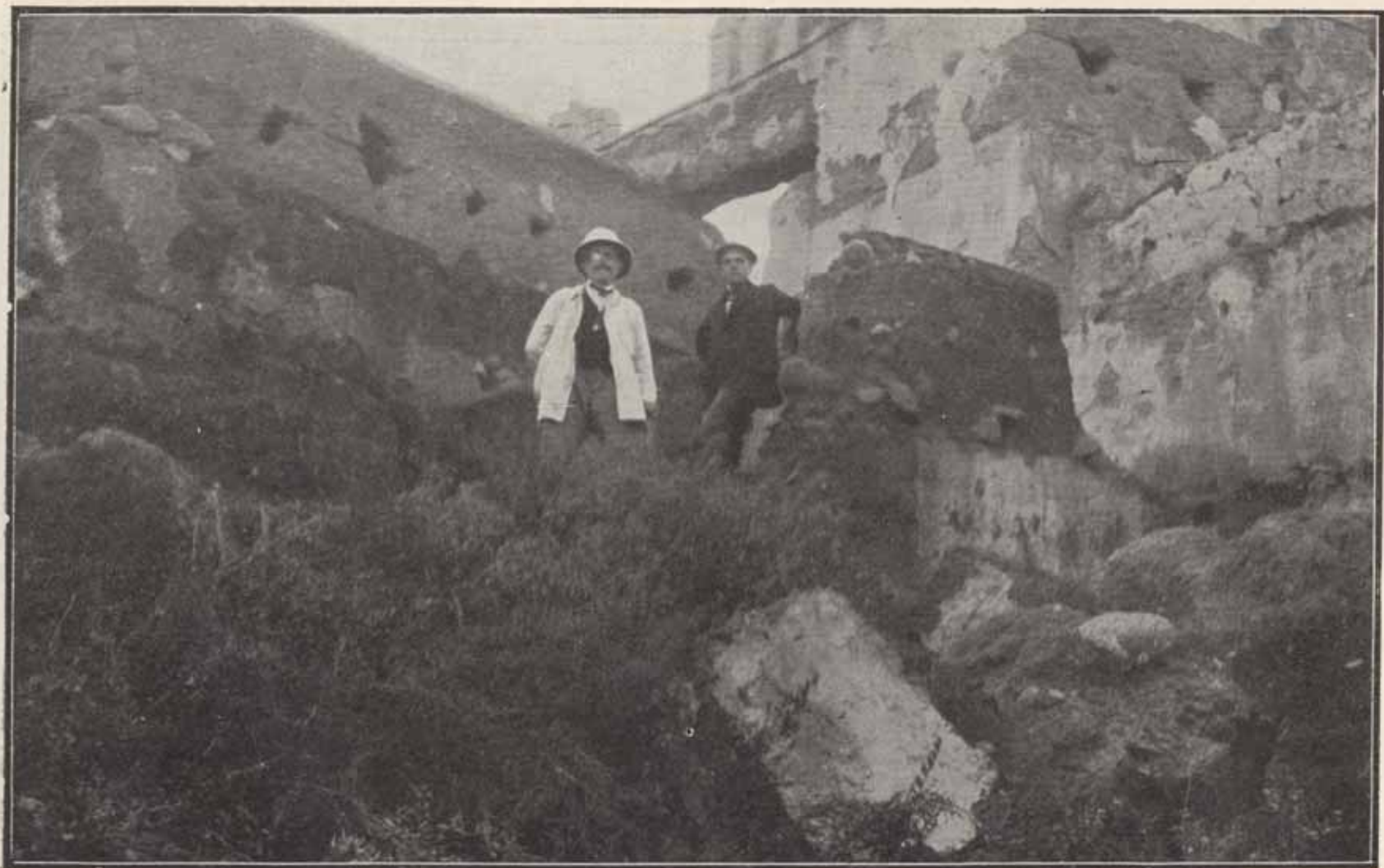
UN RINCÓN DE MELILLA



UN ZOCCO DE LOS ALREDEDORES DE MELILLA, DONDE ACUDEN LOS RIFEÑOS Á VENDER SUS PRODUCTOS



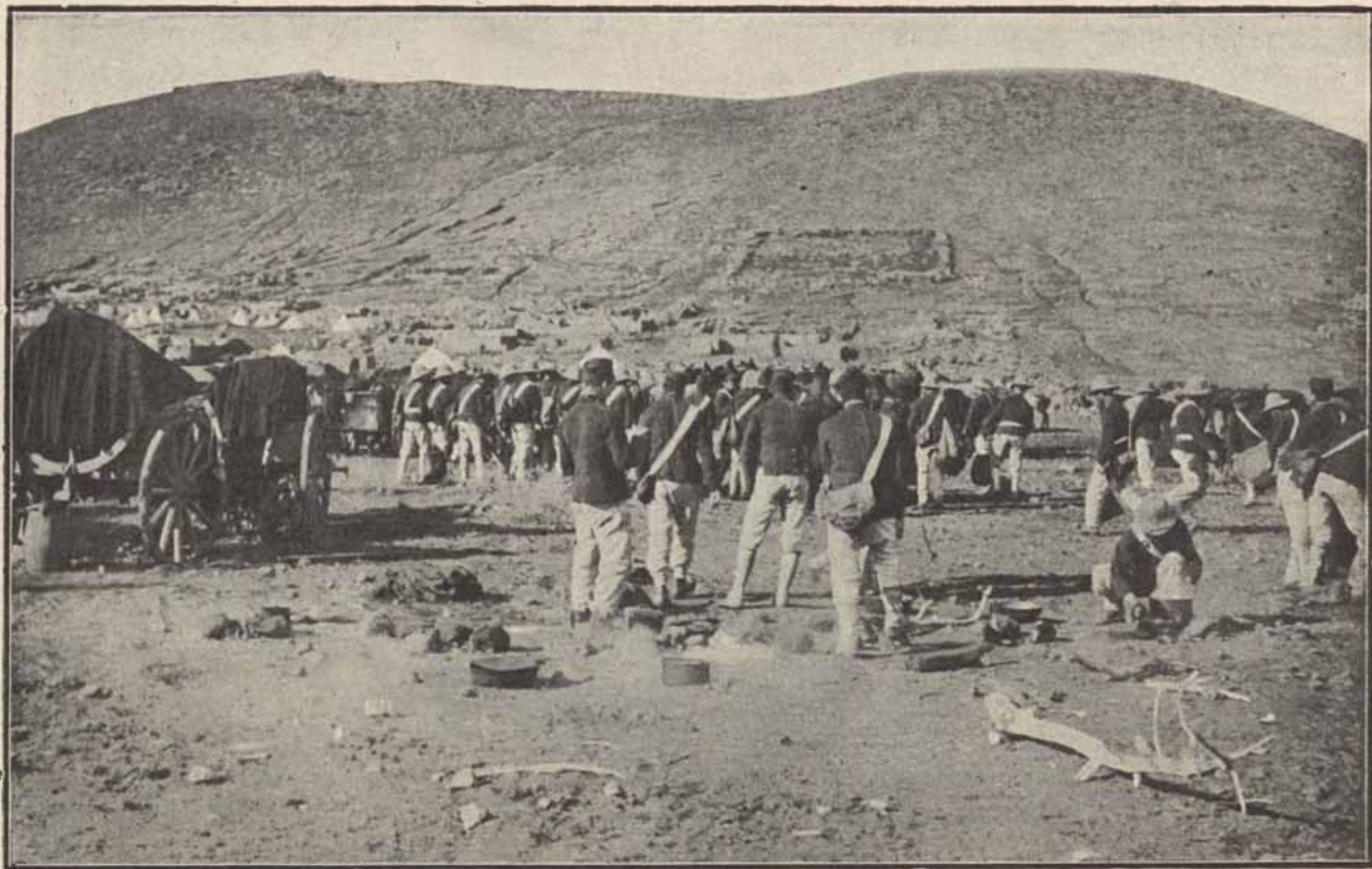
ESTABLECIENDO UN TELÉGRAFO DE SEÑALES EN LAS NUEVAS POSICIONES DE ATLATEN



CASA DE BEN-TAHAR, AL PIE DE TAXUDA, DESTRUIDA POR NUESTRAS TROPAS



FUERZAS DE SABOYA OCUPANDO LA CASA DEL MISIAM, EN EL PUEBLO DE SENGANGUE



PREPARATIVOS DE MARCHA DE UNA COLUMNA FORMADA EN EL CAMPAMENTO DE NADOR



EL GENERAL CARBÓ OBSERVANDO LAS POSICIONES ENEMIGAS EN LAS ÚLTIMAS OPERACIONES



GRUPO DE OFICIALES CAMBIANDO IMPRESIONES ACBRCA DE LOS ÚLTIMOS SUCESOS DE LA GUERRA



UN ALTO EN LA MARCHA.—SOLDADOS DESCANSANDO DE LAS FATIGAS DEL CAMINO DURANTE UNA DE LAS ÚLTIMAS OPERACIONES DE AVANCE



— SOLDADOS DE INGENIEROS PREPARANDO LOS UTENSILIOS PARA ESTABLECER LAS COMUNICACIONES ÓPTICAS



GUERRILLAS DE RELEVO DISPUESTAS EN LAS INMEDIACIONES DE ATLATEN PREPARÁNDOSE Á ENTRAR DE SERVICIO

bién habían contribuido á la felonía contra España.

Los naturales de esta región tienen fama de valientes y habían formado en las líneas avanzadas al combatir contra nuestras tropas.

En la columna había verdaderos deseos de hacer con ellos un gran escarmiento.

Las descubiertas de caballería anunciaron la presencia de un gran núcleo de moros. Mas no estaban, al parecer, dispuestos al combate.

Por el contrario, sobre el grupo aparecía una gran bandera blanca que se agitaba sin cesar.

Con ayuda de los gemelos pudo verse cómo en el grupo había muchas mujeres y niños y multitud de cabezas de ganado.

Entre los nuestros se dispuso que una sección de caballería, acompañada de un intérprete moro avanzara tomando toda clase de precauciones. Al acercarse los españoles, aumentó en la morisma las señales de amistad.

Llegados los parlamentarios, tuvo lugar una conferencia en la que los rifeños declararon que estaban dispuestos á realizar toda clase de pruebas para acreditar la sinceridad de sus propósitos.

En vista de esto, avanzó hacia el grupo el propio general Aguilera, ante quien extremaron los kabileños sus frases de paz y acatamiento á España.

Allí mismo sacrificaron dos toros, y ofrecieron dar á las tropas una abundante muna.

El general no quiso aceptar nada mien-

tras no le fuera entregado el armamento. Al poco rato recogían nuestros soldados sesenta y tantos fusiles entregados por los kabileños.

El general Aguilera dijo que transmitiría las súplicas de perdón al general Marina, que era el único que podía otorgarlo. Entre tanto, permanecería en el poblado dispuesto á arrastrarlo al primer movimiento de deslealtad.

En la relativa confraternidad que se estableció entre cristianos y moros, refirieron éstos últimos que habían sufrido mucho en los combates últimos, teniendo más de cien heridos y cincuenta muertos.

El coronel Larrea, á su vez, ocupó varios poblados en la orilla izquierda del Muluya, obligando á que se reunieran los kaidés y vieran la manera de pagar una multa de mil duros por sus actos de osadía contra España, realizados por muchos de los que hacían gala de fidelidad y sumisión.

Los kaidés riñeron entre sí, pues varios consideraban la exigencia una humillación; pero Larrea insistió, consiguiendo que le fueran entregadas armas y parte de la multa impuesta en metálico, ofreciendo dar el resto en especie.

Como anticipo, los soldados españoles se comieron veinte borregos.

Los kabileños de Mazuza, sugestionados por la propaganda de los santones, se propusieron atacar el campamento del zoco El-Arbáa.

Muy de mañana aparecieron en las lejanías muchos grupos de moros, á pie y á caballo,

unos con blancos jaiques, otros con harapietas chilabas pardas.

Las tropas esperaban que se acercasen los moros.

Empezaron éstos á tirar; pero sin que sus balas llegaran al campamento.

El general San Martín no quiso que la tentativa de agresión quedara impune, y organizando una pequeña columna con fuerzas de todas las armas, avanzó y se fué en busca del enemigo.

Los rifeños no esperaron.

Conservaban las distancias y retrocedían sin cesar en su tiroteo estéril. Los nuestros seguían avanzando, buscando el combate en el llano. Pero todo inútil. Los moros huían, y al cabo de ocho kilómetros de persecución, viendo que los kabileños no aceptaban el combate, se les enviaron unas cuantas granadas Schneider, que puso al enemigo en total dispersión.

Se les vió huir como gamos hacia las alturas, sin que luego intentaran rehacerse siquiera.

Entre tanto ocurrían estas y otras escaramuzas, las columnas Larrea y Aguilera seguían felizmente sus operaciones, la primera cruzando los territorios del Muluya, sin encontrar con quien combatir.

Algunos moros leales, que acompañaban á la columna no pudieron contenerse, y aprovechando un insignificante motivo se dieron el gusto de oír tiros y oler á pólvora.

Su objetivo fué un hermoso zorro que se

levantó á los pies de las avanzadas y pasó corriendo como una centella. Los rifeños le tiraron con bala; pero el animal, con su rápida carrera, se salvó.

Como los moros iban un tanto alejados de la columna, sus disparos produjeron la natural sorpresa, y todo se preparó ante la eventualidad de un combate.

Cuando se supo lo ocurrido rieron alegremente los soldados, y el coronel Larrea amonestó á los moros, prohibiéndoles disparar un solo tiro sin orden superior.

Los rifeños acataron religiosamente la orden, tanto, que después pasaron un verdadero suplicio. Ante ellos levantábanse bandadas enteras de liebres y perdices. Pero no tiraban. Corrían como perros tras las piezas; cobraban algunas á pedradas y á palos; pero no volvieron á tirar un tiro. Y lo mismo hacían los soldados, dando así ejemplo de disciplina.

Siguió la columna su marcha de regreso hacia Cabo de Agna, y sin el menor incidente entró en el campamento.

Como la operación había sido felicísima y la salud de las tropas inmejorables, la alegría fué grande.

Se resumió la operación para dar cuenta de ella al general en jefe, resultando que la columna había recorrido ochenta kilómetros por terreno abrupto y levantisco; que llevaba consigo rehenes y ganado como prueba de afecto y sumisión; que traía, asimismo, ca-

ballerías y fusiles recogidos en los aduare, y que toda esta labor de explorar y de sumisión se había hecho en seis días y sin disparar un solo tiro.

«Colombine», enviada por «Heraldo de Madrid» al campo de operaciones, recogió en varias preciosas crónicas costumbres y tipos del Rif, así como curiosos incidentes de la campaña. De uno de los trabajos de la notabilísima escritora, recogemos los siguientes párrafos, en los que describe con tinadísimas notas de color la solemnidad de una misa de campaña y la melodía extraña de la música árabe:

Y dice así Carmen de Burgos:

«El terreno arenisco, estéril, se extiende hasta el horizonte cortado por la línea pizarrosa del Gurugú.

Allí, al límite mismo de la línea avanzada, se levanta el altar, sencillo, envuelto en la bandera española y adornado con ramas verdes. Frente á él se ha formado la brigada de cazadores de Madrid; están los batallones en columna doble de dos líneas, de cara al fuerte de Alfonso XIII. Con su equipo de campaña, sus empoivados trajes de rayadillo, el fusil en la mano, los soldados tienen algo de augusto y de imponente; los rodea la aureola de un destino cercano; á nuestras espaldas el mar bate la arena con sus olas de espuma, y se extiende con su franja azul hasta la suspirada costa española. La música del regimiento toca bellos trozos de «La repúbli-

ca del amor», que nos hacen confundir la sensación presente con los recuerdos evocados. En el momento de alzar, creyentes y espectadores caen de hinojos, se presentan armas, los rostros curtidos se inclinan á tierra, y la figura del general Alfau, solo, á caballo, al frente de su brigada, se destaca, recortándose en el tono gris del paisaje...; pero el eco de los clarines queda apagado por el estampido de los cañonazos.

El vecino fuerte de Camellos dispara sobre una multitud de moros que se distinguen con los anteojos cerca de las ruinas de un pequeño poblado.

Se vé el fogonazo del tiro al salir; pasa la bala silbando sobre nuestras cabezas, y no la vemos hasta que una luz de relámpago nos anuncia que ha estallado en las lomas del Gurugú, y pocos segundos después se oye el eco de la detonación. Nadie se mueve; la misa sigue; todos continuamos indiferentes en nuestros sitios. Tal vez, en este mismo instante en que el sacerdote católico entona sus últimas preces, van á reunirse con Alá algunos sectarios de Mahoma, destrozados por nuestros proyectiles.

Una bandada de cuervos, tendida en el campo vecino se aleja graznando, asustada, y se pierde á lo lejos con el lúgubre batir de sus alas negras; desde las puertas de los aduare cercanos las blancas figuras de medrosas y recatadas moras espían, curiosas, la ceremonia cristiana.

